

EL ACTIVISMO POLÍTICO ESTUDIANTIL*

CHRISTIAN BAY**

HAY enormes diferencias en los puntos de vista sobre el activismo político estudiantil y sobre las motivaciones y características personales de los activistas estudiantiles. El periódico *Chronicle* de San Francisco, en su edición del 2 de julio de 1966, citó una carta enviada por el doctor Max Rafferty, famoso Superintendente de Instrucción Pública de California, a todos sus colegas en la Junta de Síndicos (Board of Regents) de la Universidad de California. El doctor Rafferty en su carta expresaba su reacción al rumor de que mister Mario Savio, antiguo líder del Free Speech Movement (Movimiento de la Libertad de Palabra), quien había pasado un año en Inglaterra, estaba a punto de ser readmitido como estudiante en la Universidad de California. Decía el doctor Rafferty en su carta:

“En vista de que (Mario Savio), a estilo de farsante, cambió hace pocos meses la imagen respetada del *campus* a la de un actor de comedia bufa, con pantalones desaliñados, sugiero que nosotros, los Síndicos “Regentes”, nos sometamos inmediatamente a un tratamiento de psicoterapia de grupo. Si permitimos que ese tipo entre de nuevo, debemos estar locos”.

Es posible que una mayoría de los californianos hayan compartido o todavía compartan el sentir del doctor Rafferty sobre mister Savio y el movimiento que él dirigió. Una minoría articulada de californianos y de gente educada en otros puntos de los Estados Unidos creen, por el contrario, que el “Free Speech Movement”, con su des-

* Conferencia dictada en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico, el martes 14 de marzo de 1967. Fue preparada originalmente en forma de ponencia para un simposio sobre la Juventud Comprometida y Alienada en la asamblea anual de la American Orthopsychiatric Association, en Washington, D. C., marzo de 1967. Traducción del original en inglés por José Emilio González.

** Profesor en el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Alberta, Edmonton, Canadá.

obediencia civil y el resto, ha constituido una bendición para la Universidad de California y ciertamente para otras universidades norteamericanas. "A causa de las rebeliones, Berkeley tiene un mejor *campus* —declaró A. H. Raskin en el *Times* de Nueva York— y también lo tienen docenas de otras universidades cuyos administradores resolvieron no aguardar un estallido similar".¹

Algunos van más allá y conciben la revuelta del MLP como el primer golpe importante contra un sistema de gobierno universitario esencialmente anacrónico y feudal. "Tarde o temprano otros estudiantes se unirán a estos estudiantes, para cobrar conciencia de su situación, incautarse de sus poderes y asegurar sus derechos y dignidades no por concesiones graciosas del poder que no tiene tales poderes que dar sino como resultado de la acción libre de hombres libres que ya están hartos". Así se expresa John R. Seeley en una ponencia. Agrega: "Y tarde o temprano, en alguna otra parte, como en Berkeley, las facultades se les unirán, no con espíritu condescendiente de patronos 'en respaldo' como al presente, sino fraternalmente, puesto que los remedios buscados y los derechos por los que se combate son derechos *comunes* de aquéllos —estudiantes y facultad— que son los únicos que hacen de la universidad una universidad".²

Pocos negarían que la magnitud y la militancia del activismo estudiantil ha aumentado dramáticamente en los últimos años en algunas de nuestras mejores universidades, no importa que uno acoja con beneplácito el hecho, lo lamente o le tema. Los observadores más conservadores suelen poner énfasis sobre el hecho de que la proporción de estudiantes políticamente activos continúa siendo pequeña, aunque hay muchos en la Derecha que ponen el grito en el cielo, siguiendo el ejemplo del Superintendente de Instrucción Pública de California o de su nuevo gobernador. Otros observadores, más liberales y radicales, recalcan, por el contrario, la *tendencia* hacia un activismo político cada vez mayor entre los estudiantes y algunos también el alto calibre, tanto en términos académicos como intelectuales, de los activistas, en comparación con la mayoría de sus iguales.³

¹ Book Review Section, septiembre 19, 1965, p. 3. —Richard E. Peterson, al informar sobre una encuesta hecha entre los decanos de estudiantes de 849 colegios y universidades norteamericanas, confirma el punto de vista de Raskin: "Un gran número de decanos —y este el tipo más frecuente de comentario ofrecido— indicó que se habían hecho nuevos arreglos recientemente o se estaba probando con nuevos arreglos en sus *campus* respectivos en virtud de los cuales a los estudiantes se les daba mayor participación en los asuntos universitarios. Parecería que la lección de Berkeley ha sido aprendida en muchas partes". Ver Peterson, "The Scope of Organized Student Protest", Princeton: Educational Testing Service, 1966, p. 46.

² "The Fateful Trumpet" (1966). Ponencia inédita.

³ Ver mi artículo "Political and Apolitical Students: Facts in Search of Theory" que saldrá próximamente en el *Journal of Social Issues*, 1967, y los autores citados en ese artículo.

Es difícil poner en duda ambas series de hechos. Los activistas estudiantiles no son "representativos", aunque en algunas cuestiones, como las de los derechos civiles y la libertad política en el *campus*, pueden contar con el apoyo de la mayor parte de los estudiantes.⁴ Pero se puede decir que, *en el mismo sentido*, ninguno de los políticos activos en la democracia norteamericana son "representativos" del pueblo norteamericano. Lester Milbrath calcula que más del 90 por ciento de los norteamericanos adultos son enteramente pasivos o meramente espectadores del proceso político: tal vez sólo uno o dos por ciento están activamente involucrados.⁵

También se halla bien verificado el hecho de que el activismo estudiantil va en aumento y el hecho del alto calibre, intelectual y académico, de los activistas estudiantiles. Parece, sin embargo, menos claro, si esta tendencia es solamente temporal, destinada a ser cambiada con rumbo inverso tal vez por la próxima presidencia republicana de los Estados Unidos, por ejemplo, o si la tendencia es irreversible por lo menos en lo que concierne al futuro cercano.

Quiero plantearme esta cuestión. ¿Acaso el activismo político estudiantil llegó para quedarse? ¿Existen probabilidades de que tal activismo se generalice aun más, por lo menos en nuestras mejores universidades? Aunque estas son cuestiones empíricas, me esforzaré por esbozar los aspectos esenciales del marco normativo de mi investigación, sobre todo mi idea de la *educación* en tanto se puede comparar con ciertos procesos que se desarrollan en nuestras instituciones de alta enseñanza. Hago esto porque mis hipótesis sobre el futuro de la protesta política estudiantil se derivan en parte de una teoría sobre las tensiones crecientes entre las necesidades de los jóvenes y las demandas de que son objeto por parte de las instituciones educativas. Estas demandas y las tensiones resultantes pueden variar en la medida en que esas instituciones tratan de educar en el sentido liberal y humanístico del término.

Trataré (I) de definir "educación" como cosa distinta de otros dos términos, a saber, "entrenar" y "moldear", y discutiré el rol propio de cada proceso en nuestras instituciones educativas. Luego (II) he de discutir cómo los objetivos del moldeamiento académico han cambiado y cómo la eficacia de los colegios y universidades como agencias moldeantes parece haber declinado en cierta medida, en el sentido de que grupos minoritarios cada vez mayores de estudiantes parecen ser capaces de conservar su inquietud espontánea con el bien público.

⁴ Ver S. M. Lipset. "Student Opposition in the United States". *Government and Opposition*, Vol. I (1963).

⁵ Ver su libro *Political Participation*, Chicago, Rand McNally, 1965, p. 21, y muchos estudios allí citados.

Después (III) ofrezco el bosquejo de una teoría de la autoestimación y de la autonomía del ego con respecto al desarrollo político, con referencia particular a la alienación y al activismo político estudiantil. Entonces (IV) presento una breve declaración teórica sobre la naturaleza de las organizaciones en general y de algunas universidades modernas en particular, y de la tensión "natural" o existencial entre individuos en desarrollo y organizaciones socializadoras, con alusión particular a la vida en la universidad.

Esto me conduce a la última parte—conclusiones— (V) que trata de establecer expectativas inteligentes sobre el futuro de la alienación y el activismo político entre los estudiantes norteamericanos y también sobre el futuro de la educación superior como algo distinto del entrenamiento avanzado y el moldeamiento logrado en nuestras universidades norteamericanas.

I

Para mí "educación" quiere decir dos cosas: liberación y articulación. Liberación, sobre todo, de los temores y prejuicios irracionales, de la ignorancia y de la opresión mental que ejercen las tradiciones, de las presiones conformistas y de los dictadores o demagogos. "Articulación" implica la adquisición plena de las artes de leer y escribir y de los oficios del análisis lógico (incluso matemático) y científico.

El espíritu libre de un hombre que puede leer y escribir bien y que puede analizar lógicamente lo conducirá a la obtención del conocimiento de la sabiduría y de las destrezas apropiadas para un estilo de vida que él ha escogido. Creo que el conocimiento y la sabiduría son casi consecuencias inevitables de la educación. Por lo tanto, se convierten en características empíricas de la persona educada. A mi juicio, los dos rasgos definitorios del proceso de educación mismo son el cultivo del pensamiento independiente y el dominio sobre la lengua vernácula, tanto en el campo científico como en el humanístico.⁶

Creo que la mayor parte de los hombres y las mujeres son educables, en el sentido indicado. Y, sin embargo, es evidente que aun nuestras mejores universidades fallan al no educar, en medida significativa, la gran mayoría de sus estudiantes. La mayor parte de los estudiantes al nivel de colegio no han adquirido la libertad de escoger

⁶ Estos dos párrafos han sido adaptados de un comentario que hice para la Estación de Radio KPFA, en Berkeley. Luego fue publicado en *Manas*. Ver "Education: Liberation and Articulation". *Manas*. Vol. 19, Núms. 28 y 29 (julio, 1966).

sus propios valores, sus propios compromisos y sus propios estilos de vida. Se han vuelto pulidos, no educados, en mi sentido del término. Las destrezas obtenidas son útiles para los fines de otra gente, de las corporaciones, del gobierno, pero no de los jóvenes mismos como individuos conscientes, en crecimiento. El estudiante que suele graduarse de la universidad piensa en su carrera en términos de salarios cada vez mayores y, luego, en términos de sus propias posibilidades de realzar su *status* social, de acuerdo con las normas convencionales del éxito. Sólo una minoría parece inclinada a pensar sobre "la carrera de la vida" en el sentido de una agenda para vivir bien, en cualquier sentido moral o psicológico del término, el tipo de vida que estaría al servicio de fines personales, libremente escogidos.

Mi definición de "educación" pone en claro mi idea normativa de la tarea principal de nuestras escuelas y universidades. Es una "definición persuasiva" en el sentido de Charles L. Stevenson, pero en sí misma no puede ser estigmatizada porque no aspira a ser neutral. No busca "una atracción espúrea al enmascararse con la forma de un análisis lógico".⁷

Mientras que favorezco sin reserva alguna la educación, como la he definido, mi postura es más complicada cuando se trata de otros dos tipos de procesos, a los que suele confundirse con la educación, aun por la mayoría de los educadores. Estos dos procesos son mucho más comunes, aun en nuestras mejores universidades, que la educación. Permitidme que me refiera a estos dos procesos como entrenamiento y moldeamiento.

El *Webster's Collegiate Dictionary* (quinta edición) define el verbo "train", 'entrenar', de varias formas, incluso las siguientes: "Formar por medio de la instrucción, la disciplina, ejercitar, etc.; educar; en sentido estricto, enseñar de modo que (el estudiante) quede equipado, cualificado, experto, etc."; y "Preparar (a alguien) para una prueba, competencia, etc. como por medio del ejercicio, la dieta, etc.". Si descartamos la alusión a "educar" como un sinónimo, el Webster ofrece definiciones descriptivas que encajan muy bien con gran parte de las cosas que suceden en nuestras universidades. Los estudiantes polarizados hacia las notas (calificaciones) y hacia los créditos gastan gran parte de su tiempo entrenándose para las pruebas y los exámenes, y, a la postre, para las competencias que determinarán el progreso

⁷ Ver *Facts and Values*, de Stevenson. New Haven, Yale University Press, 1964 (1963), p. 40 y pp. 32-54.

*** El profesor Bay, naturalmente, ha tomado estas definiciones de "train" y las que aparecen más abajo de "mold", del prestigioso diccionario en inglés, *Webster's Collegiate Dictionary*. El lector hispánico debe tomar este hecho en cuenta, ya que presumiblemente en un diccionario de nuestra lengua tales definiciones variarían. (N. de R.).

de la carrera en un mundo de concurrencia. La mayor parte de los estudiantes se esfuerzan por quedar "equipados" para sus papeles profesionales o sociales. La tarea no consiste en desarrollar toda la gama de sus talentos y capacidades para dar y recibir placer o felicidad, sino para desarrollar aquellas destrezas que tienen valor en el mercado. Su propósito es devenir "equipados, cualificados, expertos" para servir los fines de sus futuros empleadores, no para convertirse en señores o tan siquiera en buenos estudiantes de las artes de vivir vidas buenas y satisfactorias.

Es obvio que nadie puede estar *en contra* del entrenamiento para la ocupación, el oficio o la profesión. Pero insisto en que eso no debe confundirse con la educación y que, en cualquier caso, solo debiera ser un objetivo secundario de la universidad el dar entrenamiento. La industria y las asociaciones profesionales, en principio, debieran entrenar sus propios aprendices, quienes, desde luego, deben también ir a una universidad, pero con el propósito de adquirir una educación liberal, no para desarrollar habilidades profesionales.⁸

El mismo diccionario sugiere los siguientes sinónimos para el verbo "mold" ("moldear"): "Mezclar o amasar (especialmente pasta) hasta la consistencia o forma exigidas"; "Dar la forma de un molde, o moldear como éste; también, dar forma; modelar"; "Adornar por medio del moldeamiento o la escultura". Una vez más aquí cualquier observador cuidadoso de lo que ocurre en las universidades en nombre de la educación reconocerá que el término moldear, tal como lo define Webster, no resulta un mal término figurativo. Es obvio que los jóvenes no son pasta y, sin embargo, a ellos se les somete a un amasar prolongado, por decirlo así, de modo que cuando ya estén crecidos muestren la anhelada consistencia y forma, una vez más hablando por figuras. En el hogar, en las escuelas, en la universidad y en muchas otras organizaciones no se moldea a los estudiantes sino a sus espíritus en desarrollo.

Una vez más, moldear en este sentido no tiene nada de malo, necesariamente, pero en el mejor de los casos debiera ser un objetivo secundario de las escuelas o de todos modos de la universidad. No cabe duda de que cada institución social propende a moldear sus miembros y clientes, pero las instituciones educativas debieran confinar el moldeamiento dentro de límites que sean defensibles desde el punto de vista educativo. Ciertamente aquellas actitudes que substituyen la violencia física por la discusión inteligente debieran ser desalentadas, por ejemplo, en lo que concierne al moldeamiento defensible, *per*

⁸ Robert M. Hutchins, con su libro *The University of Utopia* (Chicago: University of Chicago Press, 1964 ((1953) fue quien inició mi pensamiento en esta dirección.

contra, no debieran alentarse las actitudes de aceptación de la autoridad irracional o de la conformidad política, sin sentido crítico o de "la buena ciudadanía" como suele llamarse a este objetivo del moldeamiento.

Los sociólogos hablan a menudo de la "socialización" en el mismo sentido, más o menos, en que yo hablo de moldeamiento. Los antropólogos hablan de "enculturación". ("culturalización"). Los padres y las escuelas primarias evidentemente tienen un papel legítimo y necesario que desempeñar en la tarea de lograr que sus niños obtengan y acepten muchas normas fundamentales de nuestra sociedad y cultura. Pero en las universidades, si no en las escuelas superiores o liceos (*high schools*), o antes, ha llegado el momento para que la *educación* constituya la inquietud principal. Una vez que los estudiantes han obtenido su conciencia tribal, ya es tiempo para que se les anime o por lo menos se les permita convertirse en individuos, con la libertad para desarrollar valores y compromisos, en armonía con sus propias individualidades emergentes, y para evaluar críticamente las normas culturales recibidas.

II

Las instituciones educativas de las sectas religiosas y otros tipos de instituciones autoritarias concibieron en el pasado que su objetivo principal era imponer alguna clase de ortodoxia religiosa, ética o política. Con la excepción de las escuelas de la Iglesia Católica, nuestras escuelas modernas han abandonado, en su gran mayoría, los objetivos religiosos y han transformado sus concepciones de las ortodoxias éticas y políticas. Hoy, en nuestras escuelas públicas y universidades, el único objeto de adoctrinamiento son las bases de nuestro orden social: la libre empresa, salvo en asuntos sexuales, y las decisiones democráticas, salvo en asuntos económicos, donde tiene que prevalecer el respeto a los derechos fundamentales de la propiedad; por último, respeto a la ley, a la autoridad del gobierno, salvo en materias de impuestos, reglamentación de la industria, y en el Sur, relaciones entre las razas. Dentro de estos límites no sólo se toleran sino que se alientan las discrepancias de opinión en nuestras mejores escuelas, *i. e.*, en todo lo que no atañe a la estabilidad política del orden económico y cultural imperante. Se estimula a los estudiantes, aun en el nivel de escuela superior o liceo, a desarrollar sus propias organizaciones y gobiernos y a jugar a la democracia dentro de estos límites.

Todo este liberalismo aparente, que rodea a un aparato fundamentalmente conservador, para moldear a los jóvenes, ha funcionado

en muchas formas para que el proceso de socialización sea relativamente fluido. A los jóvenes, salvo aquellos que pertenecen a grupos económicamente o étnicamente en desventaja, se les ha fortalecido, en la mayoría de los casos, su creencia de que los Estados Unidos son para ellos la tierra de la libertad y de la oportunidad. Millones de jovencitos, bien moldeados y bien entrenados, pero mezquinamente educados, se han convertido en dóciles conformistas y en actores efectivos, si bien faltos de sentido crítico, que desempeñan los distintos papeles sociales que les han sido asignados por sus mayores. Y la ocupación de los Estados Unidos, para hacer la paráfrasis de una expresión del Presidente Coolidge, siguió siendo el negocio en aras del negocio mismo, sin propósitos más elevados, excepto para efectos de los sermones dominicales en los templos una nación superprivilegiada en medio de un mundo de hambre y desesperación cada vez más terribles.

Entonces llegó la Gran Depresión, (*Great Depression*), desastre que afectó tanto a los ricos como a los pobres. Los Estados Unidos jamás volvieron a reconquistar su antiguo aplomo como civilización estrictamente comercial. Los daños de la década del treinta trajeron inquietud política y algunos cambios económicos. Fueron necesarios la Segunda Guerra Mundial para que se restableciera la Unidad nacional y el macartismo para impedir o restringir la inquietud política que emergía de nuevo en los años de la paz. Pero el macartismo no podía perdurar como fuerza predominante, y menos aún en un clima universitario. La "generación silenciosa" de los estudiantes de la década del cincuenta se mantuvo en silencio en gran medida —parece— porque sus líderes potenciales habían sido intimidados con el temor de que su futuro particular corría peligro como consecuencia de su actual actividad política. Pero con la prosperidad nacional viento en popa coexistiendo junto a la pobreza y a la injusticia racial y con una política extranjera cada vez más absurda, inmoral y costosa —así lo creían muchos estudiantes— no podían pasar muchos años sin que los estudiantes más articulados y más conocedores de la política comenzaran a hablar y a actuar libremente, de acuerdo con sus conciencias.

Camus escribe que con la rebelión comienza la conciencia. La rebelión de la juventud norteamericana se inició en los últimos años de la década del cincuenta en el campo de los derechos civiles, donde las políticas prevalecientes, sobre todo en el Sur pero también en el Norte, fueron consideradas una afrenta grosera a los principios elementales de la justicia y del "fair play" (equidad). El espíritu de la rebelión se amplió para incluir la defensa de los derechos estudianti-

les en la universidad. Vale la pena recordar que Mario Savio había pasado un verano en el estado de Mississippi y que fue en su condición de vocero del Comité de Coordinación de la acción No-Violenta de los Estudiantes ("Friends of SNCC") en el *campus* de Berkeley que resultó catapultado a la posición de liderazgo del Movimiento de Libertad de Palabra en 1964. Y cuando Washington se fue comprometiendo más y más en la guerra civil de Vietnam—herencia del colonialismo francés—, la alienación política contra el *Establishment* militar llegó a una intensidad sin precedentes entre los más expresivos líderes estudiantiles.

La conciencia, una vez que se ha conquistado, no puede perderse salvo por medio de la represión, en el sentido psicológico. Y la represión exige una ansiedad en alto grado, incrementada por el sentimiento de aislamiento. La represión de la conciencia política, a causa de las ansiedades que genera la carrera, y a menudo agudizada por la faena inmediata de criar una familia, se había caracterizado por la típica transición del radicalismo estudiantil al pragmatismo y al egoísmo privado de los adultos, pero con la prosperidad creciente, la automatización en aumento y la población estudiantil universitaria en tren de incrementarse, junto, además, a una libertad académica más extensa, el tránsito indicado pareció menos inevitable. Cada día ha sido más posible para los estudiantes radicales y liberales planear su determinación de continuar muy honradamente preocupados con las cuestiones políticas y tan activamente comprometidos con los objetivos de la paz, los derechos civiles, la justicia social o cualquier otra cosa en la que hayan llegado a creer, y, sin embargo, continuar ganándose el pan cotidiano como miembros de la comunidad académica, como profesionales, o como técnicos, de algún tipo u otro, en las cercanías de las grandes universidades.⁹

No hay duda de que todavía hay grandes compensaciones económicas y de carreras para "los que se unen al *Establishment*" y la gran mayoría de los estudiantes continúan haciéndolo. Pero entre los estudiantes mejor dotados intelectualmente, y ciertamente entre aquellos que no renuncian a expresar sus puntos de vista políticos, muchos más se han percatado no sólo de que pueden escoger sino de las desventajas psicológicas muy reales que se derivan de seleccionar una carrera convencional privada, por encima de un estilo de

⁹ Hay también otros patronos, tanto públicos como particulares, que no consideran que el compromiso con políticas radicales es obstáculo al empleo o al ascenso. Y hay algunos que reciben con beneplácito este hecho: En San Francisco, el sindicato que se llama International Longshoremen and Warehousemen Union (estibadores y almaceneros) ha dado trabajo a un antiguo estudiante radical que halló otras puertas cerradas.

vida cuyo resorte básico es la fidelidad continua a sus propias convicciones hondamente arraigadas.

No hay que decir que para la mayoría de los jóvenes no se trata de escoger lo uno o lo otro. El idealista adulto hace concesiones a las demandas de la realidad así como al pragmatista le gusta pensar que en alguna forma continúa fiel a sus ideales. El radical puede convertirse en un profesor liberal, por ejemplo, y practicar el arte de la componenda hábil entre lo que parece correcto y lo que parece práctico. Lo que quiero recalcar es que la *gamma de selección* se ha ampliado muchísimo: hoy es posible para el joven decidir seguir siendo un liberal dentro de un ancho repertorio de carreras y en algunos casos —ciertamente con respecto a carreras en las mejores universidades— es posible decidir seguir siendo radicales. Cada día un número mayor lo hace y se salen con la suya. El moldeamiento tradicional para "una buena ciudadanía" al servicio del nacionalismo norteamericano y del *statu quo* va cediendo el paso a la educación. Más y más estudiantes talentosos, que todavía están lejos de constituir una mayoría, se convierten en individuos autónomos, que han escogido ellos mismos sus compromisos políticos y sus estilos de vida.

III

"El hombre se halla siempre en el camino entre el estancamiento y su emergencia desde el estancamiento", dice Ernest G. Schachtel. "El paraje donde se encuentre en ese camino en cada momento de su vida determina y se expresa en los tipos de emociones que él experimenta".¹⁰ Soren Kierkegaard y luego Freud y otros teóricos del psicoanálisis han discutido los problemas conflictivos de la individualidad emergente y la necesidad de un sentimiento de pertenencia social. El hombre es un ser social tanto como un individuo sólo en la medida en que obtiene seguridad emocional como ser social valioso.¹¹

La autoestima —el sentimiento de ser un ser humano valioso, digno de ser aceptado por otros seres humanos— no debe ser confundida con la aceptación actual por los otros. La aclamación o el elogio pueden fortalecer la disposición moral de una persona que no

¹⁰ Ver su libro, *Metamorphosis*, New York, Basic Books, 1959, p. 77.

¹¹ Ver especialmente de Kierkegaard *The Concept of Dread*, Princeton, Princeton University Press 1950 (1844). (Hay traducción al castellano con el título de *El concepto de la angustia*). También, de Freud, *The Problem of Anxiety*, New York: Norton, 1936 (1926), y de Otto Rank, *The Trauma of Birth*, New York, Harcourt, Brace. 1929 (1924).

tiene autoestima, pero también puede ahondar su sentimiento de culpa o incrementar sus presentimientos de "ser descubierto". Y la persona con un amplio sentir de autoestima no estará muy interesada en obtener el aplauso general; más bien estará preocupada con el problema de si su comportamiento satisface las exigencias que él mismo se ha señalado. Y estos criterios de conducta probablemente estarán influidos por unos pocos individuos, tal vez por uno o dos de sus padres o tal vez no. Pueden haber sido influidos también por la literatura, religiosa o secular, así como por modelos de la vida real.

David Riesman *et al* han descrito en su estudio clásico *The Lonely Crowd*¹¹ no sólo los tipos modernos de personalidad, orientados hacia otros, calificándolos de subdesarrollados en el sentido de que carecen de autonomía individual, causada por la insuficiente autoestima; la misma caracterización se da al tipo de personalidad que se orienta hacia su interior, aparentemente "más fuerte". y lo hacen muy bien, puesto que la fortaleza y el coraje de vivir de acuerdo con las propias convicciones no son prueba alguna de que la individualidad o la autonomía se han logrado; estas convicciones, después de todo, pueden haber sido impuestas a un individuo inmaduro por la autoridad de sus padres, por ejemplo, antes de que existiera oportunidad alguna para que el individuo desarrollara las predisposiciones axiológicas ya existentes en él, sin tomar en cuenta todavía la oportunidad de evaluar las primeras en términos de las últimas.

Eric Hoffer ha sostenido vigorosamente que las deficiencias en la autoestima son la causa radical del fanatismo y también del extremismo político.¹² Trataré de demostrar en esta sección que con mayor razón se puede sostener que tales deficiencias son la causa radical del conservadurismo o de la falta de interés en todas las cuestiones políticas, especialmente entre los estudiantes y otros jóvenes.¹³

Desde un punto de vista superficial parecería que yo estoy poniendo en entredicho la posición de Hoffer y también la de Harold D. Lasswell (con Abraham Kaplan), quienes han caracterizado al "hombre político (homo politicus)" como "aquel que demanda la plenitud de su poder en relación con sus valores".¹⁴ En otra obra, Las-

¹¹ New Haven: Yale University Press, 1950. (De este libro hay traducción al español con el título de *La muchedumbre solitaria*).

¹² Ver su obra *The True Believer*, New York, Harper, 1951, y también *The Passionate State of Mind*, New York, Harper, 1955.

¹³ De vez en cuando se equiparan el conservadurismo con la falta de interés en la política. He aquí una cita del periódico estudiantil, *Gateway* (de la Universidad de Alberta), septiembre 30, 1966: "Dijo... que sus miembros son básicamente conservadores y están más preocupados con sus propios asuntos que con los problemas internacionales".

¹⁴ Ver Lasswell y Kaplan: *Power and Society*, New Haven, Yale University Press, 1950, p. 78. Subrayado por los autores.

swell dice: "Se espera que el poder contrarreste las estimativas bajas del ego... se recurre al poder cuando se espera que contribuya más que ningún otro valor alterno a contrarrestar o a obviar las deficiencias del ego".¹⁵ En verdad, Lasswell va mucho más allá en su caracterización del hombre político como persona subdesarrollada: "no es descabellado decir que cada persona nace como político y la mayoría de nosotros supera esa condición con el crecimiento".¹⁶

Hay algunas pruebas y mucha teoría aceptable para respaldar a Lasswell, pero sólo —como he de sostenerlo— si limitamos el alcance de sus generalizaciones a un área de la política y a un tipo de político, aunque se trate de un área bien amplia y de un tipo común, especialmente en las más importantes democracias pluralistas. Me refiero al tipo de persona que está metida en la política pero que no posee verdaderos ideales, sin planes articulados de gran alcance para promover el bien público y ciertamente sin inquietud genuina por el interés público como algo que se distingue de sus propios intereses particulares o de los de su grupo. Me refiero a aquella región de la política en que el poder público se utiliza para fomentar la riqueza o el poder de organizaciones privadas.

En una ponencia anterior he tratado de distinguir entre "la política" y la "pseudopolítica" siguiendo más o menos este enfoque.¹⁷ Admito que, para efectos de la investigación, esta dicotomía carece de precisión en esta etapa, pero sugiero que en el reino de la vida y de la política estudiantiles el distingo es más fácil de aplicar que en el mundo de la política de los adultos, pues en ese mundo los intereses particulares son más diestros en la tarea de vestir el comportamiento pseudopolítico con el aura de la política genuina en el sentido clásico, es decir, la política como actividad que se ocupa de resolver los problemas sociales, de mejorar el orden social y, a la postre, de la protección y mejoramiento de la cualidad de la vida social.

Las organizaciones estudiantiles oficiales, de carácter político, en general han estado dirigidas por líderes que han buscado la elección por ninguna otra razón visible que no sea el deseo de adelanto personal: la popularidad, el aplauso, el conocer "personas importantes", la esperanza de mejorar futuras oportunidades de su carrera con un récord de "liderazgo".¹⁸

¹⁵ Ver Lasswell: *Power and Personality*, New York, Norton, 1948, pp. 39-40. Subrayado por Lasswell.

¹⁶ *Ibid.*, p. 160. Subrayado por Lasswell.

¹⁷ Ver mi artículo "Politics and Pseudopolitics", en *American Political Science Review*, Vol. 59 (1965), pp. 39-51.

¹⁸ Las estructuras feudales de los gobiernos universitarios, que dejan muy pocas potestades a los gobiernos estudiantiles, sirven para ayudarnos a entender por qué los

En el pasado los estudiantes que se interesaban en la *política* solían organizar sus asociaciones especializadas en pro de los derechos civiles, el socialismo, la paz o lo que fuera pero abandonaban "la política estudiantil oficial" a aquéllos que estaban interesados en el "espíritu del *campus*" y otras manifestaciones de antiintelectualismo universitario, fomentado por los padres. Me refiero al tipo de entretenimiento apolítico bueno, limpio, que puede contribuir a que los estudiantes sigan portándose como muchachitos por un poco de tiempo adicional.

Pero en años recientes muchos estudiantes en algunas de las mejores universidades —como California, Michigan, Chicago, Wisconsin— han comenzado a portarse como adultos responsables en el sentido de adoptar compromisos políticos serios al tiempo que menosprecian la pseudopolítica de *campus*. En verdad, muchos de ellos han desarrollado hostilidad hacia la pseudopolítica de la sociedad adulta y han exigido nuevos *standards* de moralidad en la política, comenzando por la política universitaria. Estos criterios de exigencia los han aplicado con intensidad especial a problemas como el de la libertad de palabra, los derechos civiles, el militarismo y la cooperación académica con la intervención militar norteamericana en Vietnam.

Aunque sea posible que las fallas en la autoestima sirvan para rendir cuentas del comportamiento pseudopolítico de los estudiantes y adultos,¹⁹ la preocupación con las cuestiones políticas genuinas, especialmente entre los estudiantes, puede revelar, aunque necesariamente no sea así, que existen niveles saludables de autoestima y niveles elevados de autonomía. Es palmario que algunos de ellos puedan sentir la atracción hacia un movimiento estudiantil por mor de las chicas bonitas o de las mozas que uno pueda creer son más maduras que las que suelen hallarse en las sororidades o a causa del tono más cálido de la camaradería en los grupos militantes.²⁰ Además, perso-

pseudo-políticos principalmente —en mi sentido del término— han descubierto que vale la pena competir por esas posiciones.

¹⁹ El deseo ferviente de más riqueza, de mejor *status* social, de más influencia puede explicarse mejor, desde una perspectiva psicológica, casi en los mismos términos que Lasswell utiliza para explicar la ambición política o que Hoffer usa para rendir cuenta del extremismo político. Si puedo hacer una paráfrasis de Lasswell: "cada uno nace como persona que busca concurrentemente un *status* pero algunos de nosotros superamos esa fase con el crecimiento" (ver más arriba). "La fe en una causa sagrada es en gran medida un sucedáneo para la fe perdida en nosotros mismos", dice Hoffer (*The True Believer, op. cit.*, p. 22). Otro sucedáneo común y mucho más difundido en los Estados Unidos es la búsqueda incesante de la riqueza y otros atributos del éxito en términos convencionales de *status* social. En mi opinión se busca el *status* social con aquellas energías que han sido liberadas por las deficiencias en la auto-estima.

²⁰ Este tipo de motivación para unirse a los grupos de izquierda sirve en parte para explicar la alta tasa de cambio en la composición de algunos: cuestiones de doctrina se interponen para dificultar las relaciones personales de amistad. Richard Wright rindió

nalidades rígidamente anti-autoritarias pueden sentirse atraídas por movimientos de izquierda en forma análoga como las autoritarias propenden a convertirse en derechistas.

El remanente es una hipótesis al efecto de que los grupos activistas estudiantiles, que propenden a ser de la izquierda probablemente incluyan una mejor proporción de personas con un alto grado de autoestima y de autonomía que las que suelen hallarse en los grupos pseudopolíticos de gobierno estudiantil y en otras organizaciones de estudiantes preocupadas con la pseudopolítica antes que con las cuestiones graves de política. Esta hipótesis cuenta con muchos datos para respaldarla.²¹

Los grupos estudiantiles de acción derechista constituyen una categoría especial. En cierto sentido se inquietan con los grandes problemas de la política pero suele faltar la prueba de la autonomía o de un interés articulado en el futuro. Su actividad se orienta más hacia la defensa del presente (algunas veces del pasado) contra los designios perversos de los liberales y los radicales. Los niveles de la autonomía individual aparecen ser relativamente bajos. Al rendir un informe sobre una investigación que se hizo de estudiantes convertidos al conservadurismo, Lawrence F. Schiff describe el estilo de un movimiento conservador estudiantil, "Young American for Freedom" (Jóvenes Norteamericanos por la Libertad), calificándolo como "obediencia pasiva, aunque con frecuencia entusiasta, a los líderes debidamente constituidos, organización estrictamente jerárquica y una dependencia general de las figuras adultas para que suministren los programas y la dirección. La actividad autoiniciada era escasa y la participación activa en un contexto de "soldados de fila" era todavía más escasa".²²

Admito que esta puede ser la interpretación posiblemente prejuzgada de un solo hombre, pero hay mucha prueba para sugerir que el activismo derechista estudiantil es principalmente un antiactivismo, con la probabilidad de que no sea motivado tanto por el interés político como por el temor de la política, por lo menos de la "política" tal como se la concibe en el sentido clásico, aristotélico, la búsqueda "del bien más elevado obtenible por medio de la acción". Si se le mira superficialmente, los derechistas tienen tanto interés en fomentar su concepción del bien público como los izquierdistas lo tienen en fomentar la suya, y ambos difieren de los que se hallan en el

un informe conmovedor de un caso como ese en el volumen editado por Richard Crossman, *The God that Failed*, New York, Bantam, 1954 (1950), pp. 116-164.

²¹ Ver mi ponencia "Political and Apolitical Students". *Op. cit.*

²² Ver Schiff, "The Obedient Rebels: A Study of College Conversions to Conservatism," *Journal of Social Issues*, Vol. 20 (1964), pág. 94 y págs. 74-95.

medio en que probablemente albergan sentimientos más fuertes en torno a sus objetivos. Sin embargo, si observamos más de cerca, los fines políticos de los derechistas suelen aparecer como decisivamente influidos por temores irracionales (no investigados) ante el cambio social o ante las doctrinas "extranjeras" y por supuestos parejamente irracionales sobre la depravación de la naturaleza humana, la fijeza del orden divino o cosa por el estilo. En la extrema derecha, tales miedos suelen ser reforzados por creencias paranoides sobre amenazas catastróficas que emanan de las malvadas conspiraciones de la derecha. Estos pavores pueden sugerir la probabilidad de una autoestima deficiente, que a su vez señalaría una autonomía individual mutilada y la falta de una base psicológica para una inquietud auténtica con la política como algo distinto de la pseudopolítica.

El sistema socioeconómico y la ideología del pluralismo favorecen patentemente la derecha (aunque no, desde luego, la extrema derecha) y también estimulan la pseudopolítica a costa de la política. Con mayor frecuencia y a la larga se puede movilizar las mayorías allí donde está el dinero y allí donde se defiende el *status quo* frente no sólo a los activistas políticos de la izquierda sino contra la misma presencia de un diálogo político racional y *potencialmente* subversivo. Esta es la manera como nuestras democracias pluralistas han logrado su récord admirado de estabilidad.

Hay por lo menos tres maneras en que la gente joven de inteligencia y alguna autonomía (o rebeldía, ya sean autónomos o no) pueden reaccionar contra un sistema que insiste en su carácter democrático pero que de hecho no les ofrece oportunidades de acción política efectiva. Una forma es la protesta inexpressada del delincuente juvenil, el rebelde sin causa, quien atrapa lo que quiere y a olvidarse de las consecuencias. Otra forma es la alienación —el "Beat", el pasivo, el apático— o, en casos extremados (sin llegar a la psicosis), el narcómano, el que se escapa del mundo real. Un tercer modo es la rebelión política, al estilo del MLP, una lucha por transformar la sociedad como un todo, pero comenzando por uno de sus baluartes que parece relativamente vulnerable a las incursiones de la política sino es tan siquiera a la posibilidad de la reforma: la universidad moderna.²³

²³ "Los delinquentes juveniles, los estudiantes y los 'Beats' se parecen en que todos reaccionan contra aquellos aspectos de la sociedad que son hipócritas y convenientes (expedient) y aquellos aspectos de la civilización que son destructivos y deshumanizantes; son diferentes en el sentido de que su oposición a estos aspectos de la sociedad difieren: el jovencito delincente se vuelve anti-social; el 'Beat' acepta la inevitabilidad de esta destrucción; el estudiante está resuelto a oponerse a la destrucción y a

Ahora que los niveles de la educación política se han elevado, como resultante, en gran medida, de la participación activa en movimientos de protesta antes que en cursos de ciencias políticas, lo más probable es que cantidades cada vez mayores de estudiantes relativamente autónomos, entre los alienados, preferirán la actividad política a otros posibles patrones de comportamiento enajenado, a saber: la delincuencia autodestructiva, la apatía y la escapada hacia las drogas o la religión, el enfoque cínico-pragmático de "hacerle el juego al sistema" y buscar la fama y el poder a fuerza de empujones y "buenas conexiones" en la estructura del poder. Esto se realizaría al costo de toda una vida de pseudopolítica egoísta, con una reducción de las potencialidades para la educación.

El término "alienación política", tal como lo usamos aquí, se refiere sencillamente a la repulsión sentida contra algún aspecto importante de la política prevaleciente. Los estudiantes políticamente alienados son aquellos que no pueden resistir las injusticias políticas obvias, tanto en el plano nacional como en el internacional, y quienes propenden a ver la universidad como una aliada de las fuerzas o del sistema que perpetra tales desafueros.

Hasta la fecha he presumido, en esta ponencia, que no se necesita ninguna complicada teoría psicológica para explicar las manifestaciones más extremadas de disgusto por la guerra norteamericana en Vietnam o por la opresión racial y económica en los Estados Unidos. Por lo contrario, he sostenido que la preocupación con la política, en el sentido de bien público, diferenciándola de lo que llamo pseudopolítica, es una manifestación natural de la persona con una saludable autoestima o de la persona que puede bregar con sus ansiedades sobre sí misma. Lo que requiere explicaciones en términos de deficiencias psicológicas son las actividades pseudopolíticas de los gobiernos oficiales estudiantiles y, de paso, gran parte de las actividades políticas de los adultos en los Estados Unidos.

Si se me permite una tautología, la competencia política aumenta con la efectiva educación política. Creo que en los últimos dos años se ha registrado mucha educación política entre los estudiantes y esto no sólo en Berkeley. Lamento decir que tal educación no se ha obtenido tanto en las clases de ciencia política como en las "confrontaciones" y negociaciones. Y ha aumentado la insatisfacción con la labor *educativa* de nuestras mejores universidades así como con su postura po-

corregir las fallas". Burton White, "On-Campus Politics: Juvenile Delinquents, Beats, Students: An Attempt at a Distinction", en la obra *A Focus on Rebellion*, compilada por Albert T. Anderson y Bernice P. Biggs, San Francisco, Chandler Publishing Co., 1962, p. 123 y pp. 118-123.

lítica en defensa de la restricción de la actividad política y el estímulo de patrones establecidos de pseudopolítica.

Con la nueva "línea dura" que probablemente aparezca, con la imposición de costos de inscripción (matrícula) y con un pequeño ejército de administradores siempre a la mano para bregar con los líderes rebeldes estudiantiles, a los que se les niega asistencia "no-estudiantil" de muchos tipos, la revuelta puede ser derrotada aunque sea temporalmente, hasta en Berkeley misma. Pero el resultado será una intensificación del enajenamiento político y conducirá a muchas bajas en la forma de una difusión más generalizada de la apatía, el cinismo extremado, la narcomanía y la delincuencia juvenil.

Los activistas estudiantiles suelen ver la universidad como una parte integral de un orden social que inevitablemente produce el tipo de políticas que son la fuente de su alienación política. A mi juicio su enfoque es muy realista al mostrarse muy escépticos frente a las posibilidades de mejorar hasta la universidad misma y más aún con respecto al orden social más amplio, por medio de los cauces legítimos de la acción política.²⁴ Los ha rescatado de la alienación completa de su sociedad su creencia de que *pueden* hacer algo por la vía de la acción política "ilegítima" para obligar a la universidad a mejorarse, sobre todo, para mejorar su clima de libertad, de modo que la educación pueda ser algo más que mero entrenamiento y moldeamiento, y de manera que a los estudiantes se les pueda conceder el derecho a gobernarse ellos mismos como ciudadanos políticamente responsables, más bien que seguir siendo los *objetos* o "materias primas" de la política universitaria, o el público del espectáculo como al nuevo gobernador del Estado de California posiblemente le gustaría decir.

IV

Cada organización social propende a la oligarquía. Esta es una "ley de hierro", concluía tristemente Robert Michels, en su estudio pionero sobre los partidos políticos social-democráticos. Si organizaciones políticas con objetivos humanísticos e igualitarios estaban gobernadas por oligarquías, de seguro que la misma "ley" se aplicaría aún más implacablemente a todas las otras organizaciones.²⁵ He sostenido en otra parte que éste no era un buen caso de prueba porque los grados de radicalismo o la magnitud percibida de las cuestiones

²⁴ Ver mi trabajo "Civil Disobedience: Prerequisite for Democracy in Mass Society", en el libro *Political Theory and Social Change*, compilado por David Spitz, que aparecerá próximamente en la Atherton Press.

²⁵ Ver su obra *Political Parties*, Glencoe, Ill., The Free Press, 1949 (1915).

en debate con toda probabilidad influirán los grados de disciplina y oligarquía en medida mucho mayor que la naturaleza de los objetivos de las organizaciones. Siempre es posible que los clubs para jugar bridge, las asociaciones de excursionistas y otras que no se ocupan de asuntos políticos sean gobernadas democráticamente. También los partidos moderados tienen más oportunidad de sostener una democracia interna que los partidos que abogan por cambios sociales radicales o le temen a éstos.²⁶

Y, sin embargo, en cada organización social que no sea trivial surge un conflicto natural de interés, que separa a los líderes de los soldados de fila. Puede ser que el poder no siempre corrompa, pero las posiciones de liderazgo conllevan siempre *algunas* prerrogativas que atraen a *la mayor parte* de los incumbentes. Entre las prerrogativas figura el control de información. La mayor parte de los "que están adentro" tienen la oportunidad de fortalecer su propia posición manipulando la información que se le ha dado a los miembros de la organización. Por otra parte, los estatutos y las prácticas de las organizaciones estipulan una gama de otros privilegios para los líderes. En la práctica, las prerrogativas de los líderes propenden a ser mucho más amplias mientras (1) más grande es la organización, y, (2) más urgente la tarea a realizarse, tal como la perciben los miembros (o los líderes mismos, en la medida en que la mayoría de los miembros parecen dispuestos a asentir).

Entre las más grandes organizaciones sociales figuran los Estados modernos, y especialmente, las grandes potencias: los Estados Unidos y la Unión Soviética. Mientras que los científicos sociales de Occidente conocen la magnitud de las prerrogativas del liderazgo político en los países comunistas, no hay mucho sentido de realismo cuando se enfoca la magnitud de la oligarquía en las democracias occidentales. Hasta el uso constante que hacemos del término "democracia" para aludir a nuestros sistemas políticos occidentales, tal como existen, indica que nos estamos engañando. También, las décadas de la guerra fría han influido en los científicos de la política, quienes debieran conocer mejor las cosas antes que escribir como si en los Estados Unidos las realidades fueran tan democráticas como las formas y como si "el pueblo" en realidad decidiera. Nuestro lado ha sido juzgado en términos de nuestras pretensiones democráticas mientras que el otro lado lo ha sido en términos de sus realidades más horribles, y tal vez ha sido desfigurado por las tergiversaciones de los anticomunistas profesionales.

²⁶ Ver mi libro *The Structure of Freedom*, New York, Atheneum, 1965 (1958), pp. 292-96.

La guerra fría sirvió para mantener elevados los desembolsos que estimularían la prosperidad y simultáneamente para combatir los cambios sociales en sentido democrático. También sirvió para que los ciudadanos se volvieran más conservadores y dóciles. Cuando se alimentan los temores frente a otras alternativas, consideradas peores, como "el comunismo", disminuyen las posibilidades de un diálogo político racional, y las personas que creen en la reforma y el progreso social probablemente surtan menos influencia.

Las grandes universidades norteamericanas, incluso las mejores, en general cooperaron con las políticas de la guerra fría. Hubo perturbaciones a causa de los juramentos de lealtad, ciertas veces, y más notablemente en Berkeley, pero aun en ese *campus* muchos profesores estaban dispuestos a subordinar las cuestiones de la libertad académica a las ventajas personales que se derivan de volver a la rutina de siempre.²⁷ En general, las universidades estaban gobernadas por hombres firmemente asociados con el *Establishment* socioeconómico y político y las políticas universitarias trataban de servir a las necesidades del *Establishment*.

Ahora bien, las universidades nunca se han ocultado para reconocer que eran gobernadas por oligarquías. Sus constituciones son francamente autoritarias, por ejemplo, los Síndicos de la Universidad de California "poseen" los edificios y los terrenos. Y son ellos quienes alquilan a los administradores, que, a su vez, alquilan a los profesores y seleccionan los estudiantes a ser admitidos. Los poderes de los "Regents" están, desde luego, limitados por declaraciones de propósito: por ejemplo, no pueden gobernar una universidad pública para su propio lucro. Pero, dentro de amplios límites pueden influir las políticas universitarias y pueden tratar de imponer los tipos de disciplinas o de restricciones que ellos creen convenientes sobre las libertades de los estudiantes y de la facultad.

La mayor parte de los administradores universitarios (y de las Juntas de Síndicos) han creído ventajoso establecer patrones de autogobierno así como seguridad de empleo para gran parte de sus facultades. En las mejores universidades suele existir la permanencia (inamovilidad) para todos los miembros más viejos de la facultad y los Departamentos pueden planear sus propios programas de instrucción; hay ahora libertad de palabra y libertad de investigación, dentro de amplios límites que no pueden ser reducidos sin grandes dificultades

²⁷ Ver Nevitt Sanford, "Individual and Social Change in a Community Under Pressure", en su libro, *Self and Society*, New York, Atherton, 1966, pp. 231-54. Para una versión más completa, ver George R. Stewart, *The Year of the Oath*, Garden City, New York, Doubleday, 1950.

por las juntas gobernantes. Y, sin embargo, los profesores se han vuelto prósperos, especialmente en las más avanzadas universidades. Muchos de ellos están pendientes de las oportunidades remunerativas que puedan presentarse como consultores en el gobierno o en la industria. Aparte de una minoría de quejosos que apenas si pueden hacer daño a la imagen que proyecta la universidad, la facultad con poderes cada día mayores se ha mostrado cada vez más dispuesta a "cooperar" con las políticas del *Establishment*.

A los estudiantes, sin embargo, no se les ha seleccionado como partes iguales o colegas. En la controversia sobre el juramento de libertad en California, observa un participante, "la opinión estudiantil no contaba para nada. Si el estudiante era un auxiliar de enseñanza o de investigación, y, por lo tanto, tenía que firmar el juramento, se le perdía de vista en medio del apuro; su conciencia era, por así decirlo, de segunda clase. Tal vez esto sea un reflejo de la tendencia de nuestra cultura a prolongar la adolescencia y a considerar a los estudiantes como personas que no han crecido en sentido importante alguno".²⁸ Mientras que las universidades se han ido agrandando, los estudiantes con ideas sobre política o sobre su propia educación han podido cada vez menos ejercer la más mínima influencia por los cauces regulares o hasta en combinación con otros estudiantes de ideas afines. Aparte del problema de la magnitud de las comunidades universitarias, los miembros de la facultad se han ido volviendo más "cosmopolitas"²⁹ y cada vez menos interesados en enseñar a estudiantes del nivel de colegio. Por su parte, los administradores han tratado de perfeccionar el juego de la "política estudiantil", cuyo propósito es atraer líderes estudiantiles inmaduros, dóciles, fáciles de manejar desde posiciones de autoridad. A estos se les autoriza para representar a sus pares y se les confieren responsabilidades en una serie de cuestiones bastante triviales.

La mayor parte de los sistemas de gobierno estudiantil, tal como los hallamos, parece que tienen el propósito de impedir que los estudiantes se interesen seriamente en las cuestiones políticas; lo que nos hace recordar la política imperial romana de pan y circo. A los estudiantes que se comprometen políticamente se les ignora o si conquistan influencia en el *campus* muy bien puede suceder que se les estigmatice como radicales y perturbadores irresponsables. Esto suelen hacerlo algunos administradores universitarios y algunos miembros de la facultad, cuya preocupación principal parece ser defender la ima-

²⁸ Ver Sanford, *op. cit.*, p. 243.

²⁹ Ver Alvin W. Gouldner, "Cosmopolitans and Locals: Toward an Analysis of Latent Social Roles", *Administrative Science Quarterly*, Vol. 2 (1957-1958), pp. 281-306 y 444-480.

gen anhelada de sus respectivas universidades como escuelas excelentes, agradables y tranquilas donde se pule la educación de los niños ambiciosos de la clase media así como de centros de reclutamiento y entrenamiento de los administradores del mañana. Muchos gobernadores, funcionarios y profesores parecen suponer que lo que los Estados Unidos precisan es una nueva generación de profesionales vigorosos, muy bien entrenados con un sentimiento profundo y duradero de lealtad a las tradiciones de la democracia norteamericana. Lo que *no* se necesita, desde su punto de vista, es una nueva generación de líderes suficientemente educada como para elegir su propia visión del futuro de la nación.

V

Lo más probable es que el activismo político estudiantil continúe en aumento, como tendencia a largo plazo, por debajo y por encima de altibajos, debido a una serie de factores causales, pero, a mi juicio, fundamentalmente por la siguiente razón: ha de suceder que la tensión va a ir creciendo, entre las necesidades alertadas para el desarrollo intelectual entre los estudiantes talentosos y la falta de respuesta suficiente a esas necesidades, en nuestras organizaciones y procedimientos académicos. Estos han sido preparados para entrenar y moldear pero no realmente para educar en mi sentido estricto del término (ver arriba, sección I).

Estoy seguro de que hay muchos administradores y funcionarios universitarios que favorecen la educación en este sentido de libertar al intelecto, tan fuertemente como yo lo siento.³⁰ Empero, las restricciones impuestas a sus papeles sociales y profesionales —y, desde luego, así sucede— inevitablemente imponen la primacía a las preocupaciones con el entrenamiento y el moldeamiento así como al aspecto de las relaciones públicas y políticas de la universidad por encima del estímulo plenamente eficaz del desarrollo intelectual libre. En este sentido se revela especialmente vulnerable un aspecto decisivo del crecimiento intelectual: el desarrollo de la conciencia política, es decir, la preocupación con el problema de definir el interés público y nuestra participación en el mismo así como nuestros propios derechos y obligaciones como seres humanos y sociales.

La inteligencia humana es como una semilla que para que germine

³⁰ Hay prueba amplia en Richard E. Perterson, *op. cit.*, y en E. G. Williamson y John L. Cowan, *The American Student's Freedom of Expression*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1966.

y crezca exige se satisfagan muchas condiciones. Pero una vez establecidas estas condiciones, no se le puede impedir que germine y crezca y, lo que es más notable, sus frutos pueden fertilizar y proteger el crecimiento continuo desde la misma raíz y desde nuevas semillas.

Las ansiedades neuróticas y toda la gama de ansiedades en torno al *status* social y hasta a la subsistencia, inducidas por un orden comercial concurrente, pueden retardar el desarrollo intelectual. Las preocupaciones angustiosas con el problema de mantenerse a flote en una competencia mezquina dentro de la carrera puede llevar y ha llevado a millones de jóvenes norteamericanos a aceptar —con gratitud— el entrenamiento para empleos y el moldeamiento para la conformidad política y el *status* social en vez de una educación que pudiera libertar sus espíritus. Sólo pequeñas minorías de estudiantes, aun en nuestras mejores universidades, han desarrollado sus propias inteligencias y han tenido el valor de vivir de acuerdo con sus convicciones.³¹ Se puede discutir si se libertaron a causa de lo que en las aulas universitarias se ofrecía como educación o a pesar de esto mismo.

Algunos administradores universitarios (no muchos, espero) pueden invocar como defensa que en esta edad de "investigaciones para consumidores" y de la "democracia de la oferta y la demanda", la mayoría de los estudiantes obtienen en la universidad lo que ellos quieren.³² Tan recientemente como hace diez años todavía las cosas estaban bastante tranquilas, después de todo, aun en Berkeley y en el resto de nuestras mejores universidades. La mayoría de los estudiantes aparentemente obtenían lo que querían o se culpaban ellos en vez de culpar al "sistema". Eran incapaces ya fuera de querer lo que no conseguían o de convertir sus necesidades personales en demandas públicas a la universidad, con esfuerzos organizados para respaldarlas.

Al presente, la situación psicológica es bastante diferente. Las demandas expresadas por los estudiantes han recibido amplia publicidad:

³¹ Sin este valor, desde luego, el desarrollo intelectual probablemente se estanca y luego se marchita.

³² Philip E. Jacob, en un informe de 1965, resultado de muchos estudios, concluye: "Sólo una minoría [de estudiantes norteamericanos] parecen apreciar su educación universitaria primordialmente en términos de su contribución intelectual o en términos de cómo forma el carácter personal y la capacidad de sostener relaciones humanas responsables. A la cabeza de las compensaciones que los estudiantes esperan de la educación avanzada figuran la preparación vocacional y la habilidad y la experiencia en el 'ajuste' social". Ver su libro *Changing Values in College*, New Haven, Hazen Foundation, 1956, p. 5. James M. Gillespie y Gordon W. Allport, en su estudio comparativo de las orientaciones de la juventud en diez países, publicado en 1955, concluyeron que los estudiantes norteamericanos eran los que menos estaban orientados hacia la política, mostrando "relativamente poco interés en la vida del grupo o de la nación, y escasa conciencia del contexto político y social de la existencia del estudiante norteamericano. La muestra revela un fuerte matiz de egoísmo privado (*privatism*)". *Youth's Outlook on the Future*, Garden City, N. Y., Doubleday, 1955, p. 37.

demandas para una educación en armonía con las necesidades intelectuales estudiantiles antes que con los intereses económicos y políticos de los adultos que administran al *Establishment* corporativo y político; demandas para la libertad completa de expresión, de investigación y de la acción política y para el derecho al autogobierno y una participación propia en el gobierno universitario. Estas son demandas de una minoría, ciertamente, pero son del dominio público y están disponibles para aquellos que comienzan a desear la afirmación y desarrollo de la propia personalidad, mientras que hace diez años la mayor parte de sus predecesores correspondientes no tenían ante ellos ninguna alternativa de ese estilo.

Seymour Martin Lipset y Philip G. Altbach tienen toda la razón al recordarnos que en los años de la década del treinta las minorías de activistas políticos eran mucho más grandes, en números absolutos y aun más en números relativos, dado que la población estudiantil norteamericana era mucho más pequeña. Pero hoy por lo menos en números absolutos hay "más estudiantes que participan en la actividad de protesta que en cualquier momento posterior a la Segunda Guerra Mundial". Si los activistas siguen siendo una pequeña fracción, "cuentan con el apoyo pasivo de la mayoría de los estudiantes cuando reclaman los derechos civiles o la libertad académica".³³

Nos llevaría muy lejos ponernos a discutir aquí las razones que explican la decadencia y caída del activismo político estudiantil en los años treinta, aparte de lo que ya he dicho en la Sección II sobre el efecto de la Segunda Guerra Mundial y del macartismo de la posguerra. Sólo quiero señalar dos cosas más: tal vez se puede sugerir como hipótesis general que el radicalismo político estimulado por una depresión económica puede ser más fácilmente "curado", ya sea por medio de la prosperidad individual o por perspectivas más brillantes de hacer carrera, que lo puede ser el radicalismo en una sociedad opulenta, especialmente el de jóvenes cuyo grado de autoestima es relativamente alto. Otra diferencia es que el radicalismo estudiantil de los años treinta fue menos una revuelta de los jóvenes, estimulada por su situación y perspectivas, cuanto una prolongación, en las universidades de la influencia de los movimientos izquierdistas de los

³³ Ver su ponencia "Student Politics and Higher Education in the United States", en *Comparative Education Review*, Vol. 10 (1966), p. 343 y pp. 320-49. Estos autores creen que la influencia de la minoría activista "se reduce cuando se manifiestan contra la política exterior norteamericana..."; si esto fue verdad hace un par de años, hoy es ciertamente menos verdad. Baste recordar la reciente declaración crítica sobre la guerra de Vietnam firmada por cien presidentes de organizaciones (*body*) estudiantiles, es decir, de líderes oficiales estudiantiles que en el pasado se habían mostrado renuentes a expresar opinión política alguna con espíritu de crítica a la política extranjera de los Estados Unidos. Ver el *New York Times*, enero, 1967.

adultos, cuyas maniobras maquiavélicas en las eternas luchas entre las facciones por cuestiones de doctrinas y de tácticas habrían de decepcionar, tarde o temprano, a tantos jóvenes idealistas.

Puesto que estoy más preocupado ahora con lo que sucede en los años sesenta y en los setenta, permitidme concluir mi análisis proponiendo y respaldando dos juicios, ligados estrechamente entre sí. Primero, el incremento en el activismo estudiantil, que se manifiesta ahora con mayor relieve en una veintena de las mejores universidades, marca el comienzo de una tendencia que con el tiempo abarcará a la mayoría de las universidades en los Estados Unidos y es improbable que se le imprima un rumbo en sentido contrario dentro del futuro previsible. Segundo, el activismo estudiantil en aumento estimulará una más efectiva educación política en la generación más joven y constituye un cierto fundamento de optimismo para el porvenir de la educación académica. Hasta se puede hablar de un pequeño rayo de esperanza para el cambio social ilustrado en el contexto más amplio de la sociedad norteamericana antes de que nuestra civilización emprenda el camino de los dinosaurios.³⁴

(1) El activismo político estudiantil hasta la fecha se ha hecho más visible en las mejores universidades, pero con el tiempo se hará sentir en la mayoría de las instituciones de alta enseñanza.

Tal vez se podría suponer que la mayoría de los estudiantes se sentirían más satisfechos, y, por lo tanto, serían más pasivos políticamente en las mejores universidades. Pero este supuesto sería tan ingenuo como otro, en el cual se creyó generalmente en el pasado, al efecto de que los pobres abyectamente míseros con toda probabilidad se rebelarían y demandarían la justicia social. El triste hecho psicológico es que cuando se desciende a cierto nivel de pobreza, ya sea económica o intelectual, faltan los recursos espirituales para rebelarse.

La mayoría de los estudiantes que entran por primera vez a nuestras universidades pueden ser considerados como abyectamente pobres en el sentido de que están intelectualmente subdesarrollados, y en algunos casos completamente sin desarrollar, aunque en nuestras universidades de mayor prestigio haya muchas excepciones. En las mejores universidades, donde hay miembros de la facultad que los animan, o en que son más numerosos, los intelectuales en germen entre los estudiantes formarán una facción y se harán sentir cada vez más. Para ello serán estimulados por los estudiantes más viejos y más avanzados en el camino del desarrollo intelectual. La generación más joven de estos

³⁴ Los que, según ha escrito alguien, se extinguieron porque sus cerebros cada día más pequeños no pudieron a la postre resolver el problema de llenar sus panzas cada día más grandes.

intelectuales podrá contar con seguidores potenciales entre sus contemporáneos que siguen prisioneros del antiguo molde, en la medida en que estos jovencitos no estén neuróticamente impedidos de libertar sus inteligencias. Por otra parte, en las peores universidades, los estudiantes intelectuales con mayor probabilidad se convertirán en objetos del ridículo, aun de parte de algunos miembros de la facultad.

No cabe duda de que el antintelectualismo está decayendo en el mundo académico norteamericano. Si hay muchos indicios de que en extramuros, en algunos Estados, se puede notar una hostilidad creciente a los intelectuales, esto debe ser considerado como una reacción natural. Tal vez, por ejemplo, la elección de Ronald Reagan como gobernador de California deba algo a Mario Savio y sus contemporáneos, quienes fomentaron un nuevo nivel de autoconsciencia política e intelectual entre muchos estudiantes y miembros de la facultad en el *campus* de Berkeley, pero el "Reaganismo" está destinado a durar poco porque la mayor parte de los ciudadanos influyentes en California llegarán a darse cuenta, si ya no lo han hecho, de que su Estado necesita un sistema universitario de primera calidad con mayor urgencia que lo que necesita a Reagan o a su grupo o el Partido Republicano.

David Riesman ha sostenido que en los Estados Unidos existe una "procesión académica" lenta y tranquila pero irreversible. Harvard y Yale, en el pasado, y junto con éstas Columbia, Stanford y las universidades de California, Chicago y Michigan, en años recientes, han fijado los patrones a ser imitados por las mejores entre las que quedan. En materia de currículo, patrones de administración, de instrucción, de alcance y métodos para que las facultades se expresen y ejerzan su influencia, etc., lo cierto es que si hay cambios a la cabeza de la procesión, los años por venir verán cambios más atrás en la fila, hasta que, a la postre, las instituciones menos prestigiosas se pondrán al día; para ese tiempo las nuevas reformas ya se habrán puesto en práctica en las universidades que se hallan al frente.³⁵

Las universidades a la vanguardia, especialmente las de los Estados, que han experimentado la mayor cantidad de inquietud y protesta políticas estudiantiles, figuran al mismo tiempo entre las más liberales al conceder a los estudiantes y a la facultad amplias esferas de libertad de investigación, de palabra y de organización. ¿Puede decirse que esta actitud liberal es una "causa" de la inquietud? Pudiera ser que fuera una causa, pero esta es una cuestión que no se puede resolver puesto que los intentos de restringir la actitud liberal sólo tendría

³⁵ Ver su libro *Constraint and Variety in American Education*, Garden City, New York, Anchor, 1958.

como resultado aumentar la inquietud.³⁶ Sostengo que tanto la inquietud como las reglamentaciones relativamente liberales son efectos de otra cosa, es decir, del mejoramiento creciente de la cualidad de los profesores y estudiantes en las mejores universidades, lo que a su vez se debe a los factores que ya he discutido antes, en la Sección II. La procesión académica se ha ido moviendo hacia adelante y la prosperidad general ha hecho posible que las mejores universidades puedan contar con números cada vez mayores de estudiantes muy bien dotados intelectualmente, demasiado seguros como para ceder a la intimidación ya sea del tipo McCarthy o del tipo policial del Estado de California.

Permitidme ilustrar lo que sostengo con un caso. La Universidad del Estado de Michigan era hace quince años un colegio que no se había distinguido en forma alguna, salvo en los campos de la agricultura. Hoy está tratando desesperadamente de alcanzar a la Universidad de Michigan que está cerca de la cabeza de la procesión. Hace cinco años, Frank Pinner, de la facultad de UEM, pronosticó un conflicto creciente entre las universidades de los Estados y sus públicos como consecuencia de los progresos en la calidad de sus facultades, pues con la llegada de profesores de primera calidad, que son pedidos en otras partes, habrá menos consideración para la sabiduría convencional de los poderes locales prevaletentes y de la "opinión pública" sometida a su influencia.³⁷ Y en la misma universidad (UEM), con fecha más reciente, sucedió que como secuela de un programa costoso cuyo fin era atraer a los estudiantes más brillantes con una buena cantidad de becas que en Estados Unidos se llaman "Merit Scholarships" ("Becas de Mérito"), resultó que los becarios "Merit" en forma desproporcionada tendían a convertirse en izquierdistas de varios matices. En el *campus* de UEM que una vez disfrutaba de gran seguridad no-intelectual, han proliferado muchas organizaciones radicales estudiantiles, según se nos informa. Ahora bien, todas esas organizaciones fueron iniciadas por becarios "Merit".³⁸

³⁶ Sheldon Wolin y John Schaar escriben que (en 1967) el repudio de las resoluciones de la facultad de Berkeley, con fecha del ocho de diciembre de 1964, en apoyo de las demandas fundamentales del Movimiento de Libertad de Palabra (MLP), "hubiera desatado enseguida el caos" en el clímax de la confrontación. (Ver *New York Review of Books*, p. 19 y pp. 18-24). Pero como cuestión de hecho, gran parte de la inquietud en el *campus* de Berkeley, en el curso 1966-1967, puede ser atribuida a los numerosos intentos de la administración de Roger Heyns por reducir los derechos concedidos a los estudiantes en diciembre de 1964.

³⁷ Ver su artículo "The Crisis of the State Universities: Analysis and Remedies", en la compilación de Nevitt Sanford, *The American College*, New York, John Wiley, 1962, capítulo 27.

³⁸ Según el artículo editorial de Roger Rapoport, "Meritorious Protest?", *Wall Street Journal*, junio 13, 1966.

La capacidad intelectual, una vez que ha sido desatada, propende a correlacionarse con el interés político y con una preocupación con la justicia social. Se puede anticipar que mientras más estudiantes intelectualmente capaces se inscriban en una universidad, liberal o no en su aspiración de reglamentar la manifestación política estudiantil, habrá más activismo político por parte de los estudiantes. Y la mayor parte de ese activismo será del cariz de izquierda del centro: una buena parte será izquierdista, en un sentido o en el otro.³⁹ Y dada la búsqueda concurrente de prestigio y apoyo entre las universidades norteamericanas, podemos pronosticar, sin riesgo, que continuarán buscando los más talentosos jóvenes estudiantes de las escuelas superiores y liceos, sin tomar en cuenta el origen de esos jóvenes o su capacidad de pagar. El hecho de que un estudiante proceda de una clase social humilde es cada día menos un obstáculo para que pueda tener acceso a la universidad o a las instituciones más avanzadas de enseñanza.

(2) Y no es sólo que la oferta de intelectuales en desarrollo, con tendencia hacia el radicalismo político, probablemente continúe ampliándose. Hay, además, la perspectiva de que los niveles de activismo político que han sido alcanzados en algunas de las mejores universidades hayan liberado energías políticas, que se fortalecen por sí mismas, y que asegurarán la imposibilidad del retorno a la docilidad política del pasado, a menos que ocurra una catástrofe nacional de la magnitud de una guerra nuclear. Si este pronóstico es correcto en lo que atañe al *campus* de Berkeley, el cual, desde el punto de vista estudiantil, desempeña el mismo papel de líder que corresponde a Harvard y Yale, desde el punto de vista de la facultad y de la administración, a la cabeza de la procesión académica, entonces debemos esperar que las confrontaciones continuas en Berkeley desembocarán en una intensificación creciente de la actividad política (por medio de la cual los estudiantes afirman ellos mismos cada uno su personalidad), también en otras partes, llegando a la larga hasta el fin de la procesión académica.

Mientras que la administración de Berkeley "entona el lenguaje de la comunidad", escriben Sheldon Wolin y John Schaar, "son los estudiantes quienes han estado forjando la comunidad entre ellos mismos. Aunque hay líderes estudiantiles, no hay una camarilla permanente que pueda manipular a los estudiantes... si la Administración trata de destruir esta comunidad cortándole la cabeza, puede ser que se descubra combatiendo a una hidra".⁴⁰

³⁹ Sobre la relación entre capacidad intelectual e izquierdismo, ver mi artículo "Political and Apolitical Students", *op. cit.*

⁴⁰ *Op. cit.*, p. 21.

El administrador corriente de la universidad visualiza las confrontaciones políticas como un mal sin alivio. Muchos profesores también le tienen odio a la discordia política en sus *campus*, porque pueden obligarlos a definirse (*put them on the spot*) e intervenir con sus pacíficas actividades de investigación. Puede que honradamente crean que el compromiso de la universidad con la investigación intelectual y científica es incompatible, más o menos, con una universidad comprometida a plasmar una comunidad de estudiosos orientados hacia el cambio social y político.

Pero son relativamente pocos los estudiantes que estudian con éxito académico los campos que exigen alguna educación —en el sentido de desarrollo intelectual, como algo distinto del aprendizaje de memoria (*note learning*) o del entrenamiento— y que se hayan mantenido inmunes al reto moral del activismo estudiantil contemporáneo. Por ejemplo, los estudiantes de las facultades de humanidades y de ciencias sociales en Berkeley dieron su apoyo al MLP en una medida mucho mayor, como era de esperarse, que los estudiantes de ingeniería.⁴¹ Aun en las instituciones donde prevalecen el entrenamiento y el moldeado a costas de la educación, la educación intelectual y política se desarrolla, aunque puede que sea estimulada menos por las conferencias en los anfiteatros, como he sostenido, que por acontecimientos como los que sucedieron en las escaleras de Sproul Hall (en Berkeley)⁴² y en otros escenarios de confrontación política. La autoconciencia intelectual, moral y política, con un sentimiento de identidad y de compromiso humano, tiene mayor probabilidad de emerger en las confrontaciones o en la rebelión en el sentido de Albert Camus.

Los líderes estudiantiles de Berkeley y sus colegas en otros sitios desconciertan a las universidades "por la misma razón que Kierkegaard desconcertó a la Cristianidad", concluyen Wolin y Shaar, "por la pureza de sus exigencias. . . Porque toman en serio el ideal democrático;

⁴¹ William E. Watts y David N. E. Whittaker descubrieron que el 50.6 por ciento se especializaban en las ciencias sociales y el 18.8% en las humanidades, de la muestra del MLP que ellos estudiaron, comparado respectivamente con 36.8% p 16.4% en su muestra de corte seccional (*cross-section*). Las cifras correspondientes para ingeniería fueron 1.3% (MLP) y 12.8% (corte seccional), y para administración comercial, o (MLP) y 5.0% (corte seccional). Ver Tabla 2 en su ponencia, "Some Socio Psychological Differences Between Highly Committed Members of the Free Speech Movement and the Student Population at Berkeley", en *Journal of Applied Behavioral Science*, vol. 2 (1965), p.

⁴² El significado simbólico de este lugar queda atestiguado por el nombre de un nuevo diario patrocinado por la Free University of Berkeley (Universidad Libre de Berkeley): *Steps*. Berkeley, Berkeley Press (1703 Grove St.). (La palabra inglesa "steps" quiere decir "peldaños". Por inferencia, "peldaños" de la escalera del edificio Sproul Hall, de la Universidad de California en Berkeley (Nota de Redacción).

quieren tener el derecho de participar en las decisiones que moldean sus vidas. Son estos estudiantes los que brindan esperanza".⁴³

Aparte de la libertad de palabra y del autogobierno, ¿qué es lo que exigen? Nada menos que una educación, una educación que penetre en las aulas: una inquietud con problemas y cuestiones significativas, a costa de muchas cosas que ellos creen triviales y que no tienen que ver con sus intereses en los procesos actuales de enseñanza y de currículo. Muchas de sus demandas van a carecer de sentido de realidad y de razonabilidad, pero el hecho de que se formulen y se insista en ellas da pie a inmensas esperanzas. No importa cuál sea el desenlace de tales polémicas en cada universidad, no dejarán de estimular el desarrollo intelectual y una preocupación con la política, en el sentido clásico, como algo distinto de la seudopolítica.

Y al obtener experiencia política, con relación a ideales morales y políticos, va a surgir un antagonismo saludable contra la seudopolítica cínica del mundo de los adultos y ese antagonismo puede suministrar un punto de enfoque constructivo a la alienación generalizada entre los jóvenes actuales de los Estados Unidos, sean estudiantes o no. Si hay algo que puede rescatar a los pasivos, a los escapistas y a los delinquentes entre la juventud alienada (ver arriba, Sección III) es la prueba de que la seudopolítica cínica puede ser derrotada en algún lugar, primero tan siquiera dentro de alguna de las universidades rectoras. En toda alienación no hay duda de que hay una respuesta negativa a la cuestión siguiente: "¿vale la pena tratar de cambiar las cosas?". Ahora bien, esa respuesta negativa se halla en la base de la alienación.

El papel y el poder potencial de las universidades se está ampliando en nuestra sociedad que se caracteriza por una tecnología galopante y cada vez una cantidad mayor de nuestros jóvenes tienen que seguir en la escuela más allá de sus años adolescentes. Muy bien puede suceder, como Marcel Rioux y otros sostienen, que la joven generación de nuestros tiempos ha de contar con algunos recursos para provocar el cambio social, recursos que Marx había atribuido al proletariado. Los estudiantes de nuestras universidades tienen muchos de los atributos que la clase trabajadora en las fábricas solía tener, antes de que se inaugurara la edad de las relaciones públicas y del adoctrinamiento conservador a través de los medios de comunicación de masas.⁴⁴ Una vez que los estudiantes hayan insistido en más y mejor educación, y la hayan obtenido, no hay duda de que exigirán más y mejor polí-

⁴³ *Op. cit.*, p. 24

⁴⁴ Ver Marcel Rioux, "Youth in the Contemporary World and in Quebec", *Our Generation*, Vol. 4, Núm. 1 (1966), pp. 5-19.

tica, a costa de los juegos habituales de nuestra seudopolítica democrática pluralista, no sólo en sus universidades sino también en las comunidades que las rodean, y, a la postre, en la sociedad en general.

Los intereses creados y atrincherados de los grupos que disfrutaban de privilegios económicos y sociales pueden hallar, en el entretiem po, medios para desintegrar los movimientos políticos activistas de los estudiantes, pero no será tarea fácil, dada la sencillez y la justicia, y, en verdad, de la moderación de las demandas estudiantiles por una educación y por el derecho de cada generación a forjar sus propias visiones de un mundo mejor. Es posible que sea necesaria una tercera guerra mundial para que los espíritus de nuestros jóvenes más talentosos se dediquen a cuestiones menos subversivas.